

A diez pesos los valuaron,  
Otros catorce á seis pesos.  
Y ocho restantes á cuatro.  
Quiere venderlos por junto  
Más no quiere perder Pablo;  
Y un solo precio pedir  
Por los ya dichos marranos;  
Pero éste precio él ignora,  
Vamos pues á averiguarlo.

XIX.

Un albañil gana al día  
La suma de quince reales:  
En veinte días y nueve horas  
¿Qué gana? ¿Cómo se sabe?

XX.

En el mercado seis mangos  
Los venden por un cuartillo,  
El que vende ocho docenas  
¿Qué valor ha recibido?

XXI.

El general Magallanes  
Del Tesoro reclamó,  
Una no pequeña suma  
Que en una guerra perdió,  
Y como una ley dispone  
Que al que en un bando peleo,  
En libranzas se le pague  
Porque preferidas son,  
Y el general ha probado  
Que con valor combatió;  
En libranzas le pagaron  
Lo que la Corte ordenó,  
Y como la dicha suma  
Cuyo pago se mandó  
A quince mil pesos fuertes  
En la sentencia ascendió,  
Y las libranzas se bailan  
A un regular precio hoy  
(Sesenta y cinco por ciento  
Que no es un precio tan peor),  
El General saber quiere  
¿Qué en dinero recibió?

XXII.

Mil kilogramos  
De buena harina;  
Quiero yo verlos  
Vertido á libras;  
Y luego á arrobas;  
Cuenta sencilla.

EL ARTE DE RECORDAR.

Merito en inglés por Hanney—Traducido y adaptado  
por JOSÉ DELGADO.

(Conclusión).

CAPÍTULO VIII.

Cultivo de la memoria.

“La práctica hace la perfección” es un adagio que puede aplicarse con propiedad á toda clase de tareas materiales ó intelectuales. Tan necesario es ejercitar las facultades intelectuales para fortalecerlas, como lo es ejercitar las físicas para conseguir el desarrollo corporal.

Roberto Houdin, el célebre prestidigitador francés, ofrece uno de los mejores ejemplos del

cultivo sistemático de la memoria, al describir la preparación de su bien conocida treta sobre la “segunda vista.” Dice así:

“Mi hijo y yo pasábamos rápidamente por una tienda de juguetes ó cualquier otro lugar en que hubiese variedad de objetos y echábamos una ligera mirada sobre ellos. A los pocos pasos, sacábamos papel y lápiz y probábamos cuál de los dos podía describir mayor número de los objetos vistos al paso. Debo hacer constar que mi hijo alcanzó un grado de perfección muy superior al mío, pues mientras él dibujaba cuarenta objetos, yo no pasaba de treinta, lo cual hacía que á menudo, y por espíritu de emulación, regresase yo á la tienda y verificase sus descripciones; pero tengo que confesar que raras veces se equivocaba.

Esta práctica, adquirida á fuerza de constancia, me auxiliaba sobremedera en mis obras de prestidigitación, pues mientras las ejecutaba, me imponía, con una ligera mirada, de todo lo que pasaba á mi alrededor y me preparaba para vencer las dificultades que se me presentasen. Este ejercicio me dió, por decirlo así, el poder de desarrollar dos ideas simultáneamente, y bien sabido es que nada favorece tanto la prestidigitación como pensar á la vez sobre lo que se dice y lo que se hace. Con el tiempo llegué á adquirir tal destreza en este ejercicio, que frecuentemente inventaba suertes nuevas á medida que ejecutaba otras. De este modo, aposté un día que resolvería un problema de mecánica, tomando parte á la vez en una conversación cualquiera. Se habló de los placeres de la vida del campo, y tomando parte activa en la conversación, calculé cuántos dientes debía tener una rueda con su piñón, para producir cierta revolución, y el resultado fué tan exacto que no tuvo réplica.”

INFLUENCIA DE LA SALUD SOBRE LA MEMORIA

Las enfermedades y la debilidad corporal son dañosas á la memoria. Fowler cita el caso de un francés que, habiendo estado á punto de asfixiarse en una mina de carbon de piedra, perdió casi por completo su memoria, que antes era de gran poder. Las enfermedades nerviosas disminuyen muchísimo esta facultad, y la tristeza, los tormentos, la ansiedad exagerada en asuntos de poca importancia y otras causas semejantes, debilitando el cerebro, la abaten en alto grado.

Es igualmente pernicioso sujetar la memoria á un ejercicio forzado, pues si bien es cierto que el natural la fortalece y la perfecciona, también lo es que ella necesita descanso, como lo necesita el cuerpo. Compeler la memoria á sobrecargarse de tareas, da por resultado inevitable la pérdida de la facultad.

Por cierto espíritu de natural pero imprudente vanidad, y para hacer una loca ostentación, muchos padres fuerzan á sus hijos á ejecutar tareas que están fuera de su alcance. Esta práctica es

grandemente dañosa á la memoria; pues obligados los niños á ocuparse de asuntos que no les ofrecen ningún interés y sí mucha repugnancia, acaban por aborrecer lo que más tarde debieran aprender.

Por esto, y por ser necesario que los niños aprendan algo provechoso desde temprano, es preferible enseñarles algunas cosas por medio de juegos ó distracciones.

La pérdida de la memoria es mal que sufren algunas personas, y quién sabe si tenga mucho de cierto el ejemplo de un escritor de buen humor, que refirió el caso de cierta señorita que copió á su amante y poniendo la vela encendida tras de la puerta, la besó.

La ausencia de la memoria proviene de la incapacidad de concentrar la atención ó de dejar que la imaginación se distraiga en asuntos extraños cuando debe ocuparse de uno determinado.

La imaginación, por su naturaleza, es atraída sobre aquellos asuntos que ofrecen interés á toda persona. De aquí, que el pensamiento ande errante durante un pesado sermón ó en otro caso cualquiera en que no haya el interés necesario para contrarrestar la tendencia hácia asuntos que llaman más la atención. La incapacidad de la imaginación para reprimir los pensamientos errantes trae malísimas consecuencias.

La pérdida de la memoria proviene también de ocupar la imaginación con una sola idea ó un solo conjunto de ideas. Así el hombre que al dejar sus negocios del día trata de ocupar su atención con cosas extrañas á ellos y que le ofrezcan alguna distracción, se encontrará al día siguiente con el pensamiento libre para meditar en ellos de nuevo y trabajar con provecho. Pero el que día y noche vive dedicado á un solo asunto, sin dejar descansar la imaginación, acabará por incapacitarse para el trabajo.

## EL CARACTER

FOR SAMUEL SMILES.

(Traducción de Venancio G. Manrique).

No consiste la bondad en hacer regalos, sino en ser uno dulce y generoso de espíritu. Solemos á veces regalar dinero, pero sin la caridad que nace del corazón: la caridad que á eso se limita, muy poco vale, y suele producir más mal que bien; pero la bondad que se manifiesta por una verdadera simpatía y un socorro oportuno, siempre produce los mejores resultados.

360  
Ni hay que confundir el buen humor, que se manifiesta por la benevolencia, con la flojedad ó la tontería. El que la posee se encuentra en condición activa más bien que pasiva, porque, lejos de ser indiferente, es en mismo grado simpático. Ese buen humor no siempre se encuentra en las clases más inferiores de la vida humana, sino acaso en los seres mejor organizados. La verdadera bondad busca y favorece todo lo que puede servir para hacer el bien en el presente, y mirando al porvenir, perpetuarlo en el mismo espíritu para la felicidad y el perfeccionamiento de la humanidad.

Los hombres benévolos son los más activos en este mundo, mientras que los egoístas y los escépticos, que sólo tienen amor para sí mismos, permanecen ociosos. Buffon acostumbraba decir que él no tendría confianza en un joven que comenzara la vida sin tener alguna clase de entusiasmo; porque debemos probar, por lo menos, que tenemos fe en algo bueno, grande y generoso, aun cuando nos sea imposible alcanzarlo.

La vanidad, el escepticismo y el egoísmo son siempre tristes compañeros en la vida; y, en la juventud, son una sociedad que peca contra la naturaleza. Mucho se aproxima el vanidoso al fanático; constantemente pensando en sí mismo, no le es dado pensar en los demás; para él no hay más que su persona, y tanto piensa en sí mismo y tanto se estudia á sí mismo, que su pequeña personalidad viene á convertirse en su propio ídolo.

Pero lo peor que hay son los descontentos, los que viven quejándose sin cesar de la fortuna, los que todo lo encuentran mal y nada quieren hacer para arreglar las cosas, los que declaran que todo es arido "desde Dan hasta Bethsabé." Esos descontentos son siempre los más difíciles de socorrer en las tribulaciones de la vida; así como los peores obreros son generalmente los más dispuestos á castigar, así los miembros menos industriosos de la sociedad son siempre los más propensos á quejarse. No hay rueda peor que la que mucho rechina.

Gentes hay que fomentan su descontento hasta convertirlo en una sensación morbosa. Los que padecen de ictericia todo lo ven amarillo; y cuando uno está mal avenido, todo lo encuentra al revés y el mundo le parece dislocado: todo le disgusta y le contraria. La niña del *Punch*, que, al descubrir que su muñeca estaba henchida de salvado, declaró que todo era vacío en este mundo y que quería retirarse de él, tenía su traslado en la vida real; y muchos grandes personajes son igualmente faltos de razón. Los hay de quienes puede decirse que *gazan* de mala salud, porque la consideran como una especie de propiedad. Dicen: "mi jaqueca," "mi cólico," y otras cosas por el estilo, hasta que acaban por convencerse de que esas cosas les pertenecen de derecho. Y acaso les granjean la simpatía que tanto desean, y sin la cual su importancia en el mundo quedaría muy disminuída.

Debemos también ponernos en guardia contra ciertos pequeños pesares que estamos siempre dispuestos á agrandar á fuerza de alimentarlos. Porque, en verdad, la fuente principal de displicencia en este mundo no está en los males reales, sino más bien en los males imaginarios, en pequeñas desazones, en ligeras aficciones. Ante un gran pesar desaparecen todos los tormentos de menor cuantía, pero siempre estamos más que dispuestos á tomar á pechos cualquier miseria y á acariciarla, aun cuando no sea á veces sino engendro de nuestra imaginación y, sin embargo, olvidando todos los elementos de felicidad que están á nuestro alcance, la acariciamos como á un niño mimado, hasta que acaba por dominarnos. Cerramos la puerta á la jovialidad y nos rodeamos de tristeza; nos ponemos quejumbrosos melancólicos y afligidos; nuestra conversación se reduce á lamentos; nos volvemos severos en nuestros juicios; porque nos hacemos insociables juzgamos que los demás también lo son; y, finalmente, hacemos de nuestro corazón un depósito de penas que nos imponemos á nosotros mismos no menos que á nuestros semejantes.

El egoísmo fomenta esta disposición: y aun pudiera decirse que ella no es otra cosa que puro egoísmo, sin mezcla alguna de simpatía ni de consideración por los sentimientos de los que nos rodean: es una obstinación mal empleada; y es voluntaria, porque pudiéramos evitarla. Que los *necesarios* discutan cuanto quieran, la libertad de voluntad y de acción les ha sido dada al hombre y á la mujer, y ella es nuestra gloria y á veces nuestra vergüenza: todo depende de la manera como sepamos emplearla. Podemos mirar de preferencia el lado más bello de las cosas ó el más sombrío; podemos seguir los buenos pensamientos y rechazar los malos; podemos tener mala cabeza y mal corazón, ó bien hacer al contrario: todo depende de nosotros. El mundo será casi siempre, para cada uno de nosotros, lo que nosotros lo hayamos hecho. Los que tienen el humor alegre son los verdaderos poseedores de él, porque el universo pertenece realmente á cualquiera que sepa gozar de él.

Hay, sin embargo, casos que no puede prever el moralista. Un día un pobre enfermo de dispepsia, de semblante muy triste, fué en busca de un célebre médico y le explicó sus sufrimientos: "Oh!"—dijo el doctor—"Usted no necesita sino de soltar una buena carcajada; vaya á ver á Grimaldi."—"Ay!"—replicó el infeliz enfermo.—"yo soy Grimaldi!" Y cuando Smolett, agobiado por su enfermedad, recorría toda la Europa con la esperanza de recobrar la salud, todo lo juzgaba con la prevención de que adolecían sus ojos. "Yo le contaré eso al mundo entero"—decía Smellfungus.—"Mejor fuera que se lo contase á su médico"—respondió Sterno.

El carácter agitado, inquieto, descontento, pronto siempre á anticiparse sin sabores, es fatal para la felicidad y para la paz del alma. ¡Cuántos hombres y cuántas mujeres se convierten en erizos, hasta el punto de que uno no se atreve á acercarseles de miedo de que lo piquen! Espantoso es pensar en todos los males que pueden cansarse á la sociedad, por falta de tino para sobreponernos á nuestro mal humor. De ahí viene, que los goces se tornen en amarguras, y que la vida se asemeje á un viaje en que caminamos descalzos por entre abrojos y espinas. "Aun cuando los males pequeños"—dice Ricardo Sharpe—"como los insectos invisibles, ocasionen á veces grandes sufrimientos, el principal secreto de la felicidad consiste en no dejarnos apesadumbrar por pequeñeces y en cultivar prudentemente los pequeños placeres, porque ¡ay! son muy pocos los grandes que se nos conceden á largo plazo."

San Francisco de Sales trata el mismo asunto desde el punto de vista cristiano "Con qué cuidado"—dice—"debemos cultivar las pequeñas virtudes que se elevan al pie de la Cruz!" Preguntáronle al santo cuáles eran esas virtudes y respondió: "La humildad, la paciencia, la dulzura, la tolerancia con el prójimo, la condescendencia, la ternura de corazón, la jovialidad, la cordialidad, la compasión, el perdón de las injurias pequeñas, la sencillez, el candor, en una palabra, todas las virtudes de ese género. Como la humilde violeta, ellas buscan la sombra; como ella, necesitan rocío; y, aun cuando ellas también sean de poca apariencia, vierten delicioso aroma en todo lo que las rodea."

El mismo santo dice también: "Si hemos de tocar algún extremo, que sea el de la dulzura.—El espíritu humano es de tal manera, que se levanta contra el rigor: todo por la dulzura, nada por fuerza

Una palabra dulce apacigua la cólera como el agua apacigua el fuego; y mediante mente la bondad no hay terreno tan ingrato que no pueda tornarse fértil... La verdad, dicha con cortesía, hace el efecto de rosas arrojadas á la cara. ¿Cómo podríamos resistir á un enemigo cuyas armas son perlas y diamantes?"

Sufrir los males con anticipación, no es el medio de vencerlos. Si llevamos sin cesar nuestros fardos encima, pronto nos aplastarán con su peso. Cuando venga la desgracia, debemos aceptarla con valor y sin desesperar. Fué ciertamente buen consejo el que Perthes dió á un joven que parecía dispuesto á tomar muy á pechos tanto las pequeñas miserias como los pesares: "Sigue adelante con esperanza y confianza. Este consejo te lo da un anciano que ha llevado gran parte de la carga y de las penas de la vida. Debemos siempre permanecer en pié, suceda lo que sucediere, y para eso tenemos que resignarnos alegremente á aguantar las diversas influencias de esta vida tan variada en colores. Llama eso ligereza, y tendrás razón hasta cierto punto, porque las flores y los colores no son sino átomos, que no pesan nada en el aire; pero esa ligereza es parte inherente de nuestra naturaleza humana, que, sin ella, sucumbiría bajo el peso del tiempo. Mientras estemos en la tierra, tenemos que jugar con la tierra, y con todo lo que en ella nace y florece; La certidumbre de que esta vida perecedera no es sino el sendero que nos lleva á un objeto más elevado, no debe ser parte á impedirte que goces de ella, como debemos hacerlo, porque, sin eso, nuestra energía de acción nos faltaría del todo."

La jovialidad acompaña también á la paciencia, que es una de las principales condiciones de la felicidad y del buen éxito en la vida. "El que quiere ser servido debe ser paciente," dice Jorge Herbert. Del rey Alfredo, siempre tan alegre y tan paciente, dicen que "la buena fortuna le seguía dondequiera como un don de Dios." Grande era la calma expectativa de Marlborough, y de ahí sobre todo le vinieron sus triunfos como general; y en 1702 le escribía á Godolphin: "Con la paciencia todo se alcanza." En medio de las mayores dificultades, después de verse burlado y traicionado por sus aliados, decía: "Hemos hecho todo lo que podía hacerse, y ya no nos queda sino someternos con paciencia."

El último y el mayor de los beneficios es la esperanza, que es, sin embargo, la mas comun de todas las posesiones; porque, como dijo Thales, el filósofo: "Hasta los que no tienen ninguna otra cosa, tienen esperanza."

La esperanza es el gran socorro del pobre, y por eso la llamó alguien "el pan del pobre." Ella es la que inspira y dirige las grandes acciones. Cuéntase de Alejandro el Grande que, cuando heredó el trono de Macedonia, dividió entre sus amigos la mayor parte de los Estados que su padre le había dejado; y, cuando Perdicas le preguntó qué había reservado para él, respondió: "La más bella de todas las posesiones, la esperanza."

190/